

## La violencia juvenil en Francia

RAFAEL GARCÍA MESEGUER

La sociedad europea está inquieta por la violencia destructora y los actos vandálicos contra los bienes y las personas acaecidos en numerosos barrios en el conjunto del territorio francés. Estos jóvenes radicales en las calles son sin embargo la expresión de una desherencia social, de un importante déficit de ciudadanía, de una rebelión de las víctimas de la exclusión y la cerrazón comunitaria. Actos que expresan también el sentimiento de abandono por los poderes públicos de una parte de la población y la ausencia de una voluntad política fuerte y coherente por la defensa de los servicios públicos, en especial los dirigidos a la población más desfavorecida. Estos jóvenes de la periferia de las ciudades francesas, nietos de la inmigración, ya no creen en el porvenir, viven el presente en lo instantáneo y para ellos el futuro es lo inmediato. No se reconocen en los valores ni en el mundo de los adultos y, signo sin duda para muchos de ellos de su desconcierto, forman parte de un mundo particularmente adquirido desde el sistema escolar y que se muestra ineficiente a sus expectativas. No hace falta decir que se hace necesaria una mejor instrucción cívica, formación humana, preparación para la vida, de instrumentos de comprensión del mundo y de su diversidad para empezar a reparar este desastre social. La fractura social es patente y amenaza con extenderse como fractura urbana, étnica, religiosa y comunitaria. Y es preocupante porque el fenómeno de la inmigración es común en la Europa occidental, y aunque la bonanza y el empleo nos hagan ver este problema distante y como una expresión aislada en el territorio francés, puede ser el prólogo de un fenómeno escalonado en función de las diferentes situaciones económicas en el futuro de los países de la Unión Europea. Sin embargo no es una fatalidad, es sencillamente el efecto provocado por unas causas cuyo responsable no solo es el estado, sino la totalidad de la ciudadanía y conviene, en términos de desarrollo y de integración, aportar respuestas.

La República Francesa ha sido responsable, como muchas de las administraciones europeas, de crear servicios desarrollados a partir de criterios de rentabilidad inmediata. El resultado final siempre es el mismo, los poderes públicos acaban por ofrecer una imagen de debilidad, los servicios son insuficientes y crean ese sentimiento de abandono muy patente en las capas desfavorecidas. No es extraño ni novedoso que entre todas las posibilidades haya sido la fuerza y la violencia la alternativa elegida por los jóvenes para conquistar la regulación social.

Por ello, otra vez se hace necesaria la llamada al pacto social entre la ciudadanía, otra vez es necesaria la llamada por la defensa de la Libertad, la Igualdad y la Solidaridad, patrimonio de la República francesa y del humanismo europeo.

La principal fractura reside en la desigualdad en los servicios sanitarios, asistenciales y educativos entre los diferentes estratos sociales, que por desgracia se reflejan en los mapas urbanos. No es admisible dejar al libre albedrío a capas de la sociedad cuyo bienestar depende de la bonanza económica del momento, por ello es imposible la solidaridad sin aplicar criterios de igualdad, y para que seamos iguales en oportunidad debemos saldar previamente los déficits sociales, que se proyectan tanto en el espacio físico como en el educativo y el asistencial. Por otra parte se hace fundamental la defensa de la Libertad como regulador de la convivencia, la necesidad de un frente que reúna a todos los ciudadanos y ciudadanas, hoy de Francia y mañana de cualquier país europeo, porque solo un pacto ciudadano, cualesquiera que sean las diferencias políticas, filosóficas o religiosas, puede reunir y elevar el nivel de conciencia de esa juventud descreída y aportar el sentido que hay que dar a sus vidas como ciudadanos: El empeño por vivir colectivamente en libertad. La restauración de los servicios públicos, el tratamiento de la cuestión social, el respeto del principio de laicidad, son los medios indispensables para reintegrar estos grupos de jóvenes que viven en las barriadas de las afueras de las ciudades, de París y de toda la Europa occidental que vive el fenómeno de la inmigración.

También convendría luchar contra toda forma de discriminación y de racismo, contra las palabras inútilmente ofensivas, contra todas las provocaciones, incluidas las que vienen desde la Administración.

Lo que ocurre estos días demuestra que la laicidad es la mejor respuesta, jurídica y filosófica, a la organización de la vida ciudadana. La laicidad debe permanecer como el principio transversal a partir del cual los poderes públicos deben pensar, analizar y reflexionar sobre todas las acciones cívicas y políticas. Debe ser la repuesta en el eje de la vida en sociedad y debe ser su fermento.